

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

PARA LA FIESTA DEL SANTO NOMBRE DE JESÚS (2º DOMINGO
DESPUES DE LA EPIFANIA.)

(LUCAS, II, 21.)

Los hombres necesitaban un Salvador : Jesús, niño recién nacido en Belen, es el Savador, que ellos esperaban.

TEXTO. *Et vocabis nomen ejus Jesum.* Y le darás el nombre de Jesús.

EXORDIO. Hé aquí, hermanos míos, que todavía en el día de hoy la Iglesia nos llama junto al pesebre de Jesús. El último domingo nos invitó á unirnos con los Magos para ofrecerle nuestros homenajes, nuestra adoración, y nuestros presentes. Hoy, celebrando el santo nombre de Jesús, que quiere decir *Salvador*, nos exhorta á bendecirle, y darle gracias bajo la invocación de ese augusto título. « Después de cumplidos los ocho días, dice el Evangelio del día de hoy, el Niño fué circuncidado y le pusieron el nombre de Jesús, como le había llamado el Ángel ántes de su concepción en el seno de la Virgen María. »

Ya lo recordaréis, este título de Salvador ó de Jesús, — porque, como os he dicho, estas dos palabras tienen la misma significación, — ya le había sido dado por el Ángel, que había anunciado su nacimiento á los pastores. « Hé aquí, les dijo, que os anuncio una nueva, que será para vosotros motivo de gran alegría, porque hoy os ha nacido un Salvador, que es el Señor, el Cristo prometido. » Jesús, nombre bendito, título tan suave y tan dulce; Jesús, nombre divino, por el que solamente los hombres pueden ser salvos, *non est in alio aliquo salus*, os celebraremos hoy con alegría, con verdadera felicidad... ¿ Y porqué la tierra toda debe estremecerse de alegría, al pronunciar este nombre divino? ¿ Por

qué, adorado en el cielo, venerado en la Iglesia, temido hasta en el infierno, este nombre es sobre todo nombre? Porque este tierno niño, al cual ha sido dado, es el Redentor prometido á nuestros primeros padres inmediatamente despues de su caída... Este pequeño Jesús es el hijo de Dios hecho hombre; viene á rescatar nuestras almas, á reparar las heridas abiertas en nuestra naturaleza por el pecado, y á abrirnos el cielo!... Hé aquí por que celebramos nosotros este nombre bendito con alegría y felicidad.

PROPOSICIÓN. ¡ Cuántas cosas pudieramos decir sobre este augusto nombre, dulce como la miel á la boca, suave melodía para el oido, delicioso júbilo para el corazón! Pero quiero pararme, en otro pensamiento; voy á demostraros cómo Jesús es verdaderamente nuestro Salvador.

DIVISION. Y para éllo os demostraré en *primer lugar*: que los hombres tenían necesidad de un Salvador; en *segundo lugar*: que este niño, que recibe el nombre de Jesús, es el Salvador, que ellos esperaban... Estas dos ideas trataré de desarrollar en esta breve plática.

Primera parte. Que los hombres tenían necesidad de un Salvador. No creais, amados hermanos míos, que el hombre sea tal como salió de los manos del Criador; no os imaginéis que Dios le ha hecho con esas miserias, esas enfermedades, esos defectos, esos vicios; con esa mezela de grandeza y rebajamiento, de debilidad y de fuerza, de vicios y de virtudes, que hacen de él el enigma más inexplicable de la creación... ¡ Oh! no, sabedlo bien, no es esta la obra de Dios; ha sido esta obra descompuesta, pervertida por el pecado... No hay necesidad de deciros cómo el hombre, á instigación de la infernal serpiente, trastornó la obra del Criador y desfiguró su imagen. La historia de esta deplorable caída os es conocida. Ay! Esta primera desobediencia fué como una puerta fatal por donde penetraron todos los males, todos los vicios. El hombre, hasta entonces fiel á Dios, inocente, puro, tranquilo bajo la protección del Señor, era como un fuerte castillo, del que los enemigos intentan en vano apoderarse. Pero apenas hubo por su pecado perdido la protección poderosa de su Criador,

se vió, como plaza desmantelada, expuesto al desenfreno de las pasiones, á la tiranía de los vicios que cayeron sobre él como desapiadados emneigos. Todo en él se resintió con este funesto golpe : su cuerpo, su alma, su inteligencia y su corazón...

Desde entónces, en efecto, el cuerpo del hombre fué, por decirlo así, arrojado como en pasto á los dolores, á las enfermedades, á las calamidades todas, que se ceban en él, como aves de rapiña en un cádaver, no dejándole ni reposo, ni descanso. Desde aquel momento fatal, Adán, condenado al trabajo y al dolor; debía regar con el sudor de su frente la tierra ingrata y arrancar fatigosamente de su seno los frutos, que ántes produjera por sí misma. Eva, la madre del género humano, parió con dolor; su primer hijo conoció los sufrimientos desde la cuna, sus primeros vajidos le fueron arrancados por el dolor... Desposeidos de su gloria, despojados de su inmortalidad, despues de una vida, que la miseria y las enfermedades hacían dura y penosa, la muerte, último castigo de su culpa, se llevó por fin de la tierra á nuestros primeros padres... Ellos murieron; pero el cortejo de males, que su prevaricación habia producido, no descendió con ellos al sepulcro... Se perpetúa en su posteridad, como un recuerdo permanente de la cólera del Señor. Las estaciones se harán irregulares; el frío, el calor, el hambre, la sed se unirán para atormentar el cuerpo del hombre... Ciegos, sordos, cojos, enfermos de todas clases, todos vosotros sois una prueba elocuente de esta triste verdad... Los unos vieron su cuerpo devorado por asquerosas úlceras, cuyo espectáculo aflige y entristece el corazón; los otros fueron atormentados por la fiebre, la gota ú otras enfermedades... La vida del hombre no fué sobre la tierra sino un largo gemido; y aun á aquellos, que habían escapado á este sinnúmero de males, la vejez, la ancianidad y la decrepitud les hizieron sentir los tristes efectos del pecado, y terminaron sus días llenos de miseria.

Hé aquí los efectos del pecado en cuanto al cuerpo. Pasemos al alma. Noble criatura, espléndido reflejo de las perfecciones divinas, ¡ oh alma del hombre, cómo contar los tristes efectos que produjo en tí la funesta desobediencia de nuestros primeros pa-

dres, y hasta qué punto de degradación y de rebajamiento te hizo descender esa funesta rebelión!... Porque tú eras bella: la inteligencia, el amor, la voluntad te daban un glorioso parecido á Dios; tú eras la hermana de los ángeles!...

La historia nos enseña que un poderoso emperador romano, llamado Valeriano, perseguidor de los cristianos, fué castigado de una manera afrentosa. Aquel, que se había visto á la cabeza de un vasto imperio, rodeado de ministros y de esclavos, que obedecían sus menores órdenes, hecho por los azares de las armas prisionero de Sapor, rey de Persia, sufrió humillaciones y afrentas, cuyo solo recuerdo aterroriza... Revestido de la púrpura imperial, ceñida su frente con la corona, veíase forzado á seguir por todas partes á su cruel vencedor; despues, á una señal tenía que inclinarse, poniale el Persa insolente el pié sobre la espalda, para que sirviéndole de escabel, pudiera montar á caballo!... ¡ Oh vergüenza; ¡ oh degradación de la majestad imperial!... En fin, fatigado en cierto modo de haber hecho de él su juguete, Sapor le hizo despellejar vivo, y su piel, enviada á un curtidor, fué pintada de rojo y suspendida á la bóveda de un templo, como reliquia de su vergüenza é ignominia.

Hé aquí una imágen, aunque imperfecta, de los efectos, que el pecado produce en el alma del hombre. En los días de su inocencia, poseía élla el imperio del mundo: todas las criaturas le estaban sometidas, todas obedecían sus órdenes. Ahora que ha sucumbido, su poder ya no existe, todo se ha revuelto contra élla. Esclava de Satanás, es decir, del más cruel tirano, sufrirá increíbles humillaciones... La verdad debía ser su alimento, y se verá saturada de errores; debía amar el bien, pero el mal se volverá su sustento; y su propia voluntad será enervada, degradada y casi anonadada. ¡ Rebájate, pobre alma; el tirano, de quien ahora eres esclava, necesita tu envilecimiento, para elevarse y engrandecerse! Y despues de haberte arrastrado como un juguete, y empujado, por decirlo así, hasta á los últimos límites del mal, ya sabéis á que viene élla á parar bajo el poder del demonio... Echada viva al ardiente fuego del infierno, y en-

rojecida en las brasas eternas, está allí como un monumento perenne de su propia degradación y del triunfo de Satanás... ¿ No fué esa tu suerte, oh Cain? No fué aquel tu destino, Judas? ¿ No es éste el triste porvenir, que nos estaba reservado á todos nosotros, pobres pecadores?

Segunda parte. Efectivamente, hermanos míos, esta materia es inagotable; no quiero continuar hablando más de élla, porque temería hacerme demasiado pesado... Pero creo, que es esto suficiente, para demostraros los tristes efectos, que produce el pecado en el cuerpo y en el alma, haciéndoos comprender la gran necesidad, que teníamos del Salvador; y con cuanta razon el ángel podia decir á los pastores: *Hé aquí que os anuncio una nueva, que será bien gozosa para todos, porque os ha nacido un Salvador;* cuyas palabras tenemos la dicha de repetíros las en esta solemnidad... Sí, hermanos míos, sí, nos ha nacido un Salvador, el cual viene á aliviar las miserias de nuestro cuerpo y á reparar las ruinas de nuestra alma.

Acaso vosotros me diréis: « Viene á aliviar las miserias de nuestro cuerpo! Luego desde su venida, ¿ habrán cesado las molestias y enfermedades, á que continuamente estaba expuesto nuestro cuerpo?

No, hermanos míos, pero todas éllas han cambiado de naturaleza. Estos sufrimientos y dolencias de nuestro cuerpo, y esta muerte, que poco á poco agota nuestras fuerzas, todo ésto ha quedado y persevera... Pero; oh Dios mio, qué transformación y cuánto dulcifica la esperanza todos estos dolores!... Hé aquí un trabajo muy penoso; supongamos que sois un obrero libre, ó un esclavo. Si sois un obrero independiente y libre, se os ofrece un digno jornal en recompensa de vuestro penoso trabajo. El estímulo de la recompensa os anima, y por grande que sea el trabajo, lo desempeñáis con alegría. Pero si, por el contrario, sois un esclavo, no esperáis ninguna recompensa, y á pesar vuestro, los golpes y duros tratamientos os obligan á cumplir vuestra tarea. ¿ Comprendéis la diferencia? Véis á donde va esta comparación?... Antes del nacimiento del Salvador, estas miserias, estos sufri-

mientos y estos dolores del cuerpo no merecían ninguna recompensa; eran puros sufrimientos, castigos sin fruto; y, como miserables penados, debíamos arrastrar estas cadenas sin esperanza alguna... Pero con nuestro Salvador Jesucristo, ¡ oh miserias de la vida! por grandes que seáis, habéis cambiado de especie!... ¡ Grandes y espléndidas son las recompensas, que nos merecéis! ¡ Grande es el salario que nos aguarda! ¡ Qué hermosa es la recompensa del Paraíso, que Dios guarda para aquellos, que han luchado generosamente contra las miserias de la vida! ¡ Oh gloriosa Santa Ágata, oh noble Inés, vírgenes tan cruelmente martirizadas! ¡ Oh valeroso San Lorenzo, que aun sonreíais sobre las parrillas, en donde os quemaban!... ¡ Oh sublime falange de todos los mártires, el Salvador no os ha eximido de todos esos sufrimientos del cuerpo! Y sin embargo, vosotros los habéis sufrido con gusto, y aun diré más, hasta con gran dicha... ¡ Ah cristianos, la recompensa prometida, las delicias del cielo y el deseo ardiente de hallarse al lado del Salvador, sostenían aquellas almas generosas, de la misma manera que sostienen ahora á todos aquellos, que saben soportar cristianamente los sufrimientos y las penalidades de la vida. Ya lo veis, hermanos míos, con la llegada del Salvador las miserias del cuerpo y las amarguras de la vida han cambiado de especie, no solamente son ménos penosas, sino que son como aguijon providencial, que anima al desterrado á acelerar su paso hacia la patria.

Pero ya lo he dicho, principalmente el alma que es la parte mas excelente de nuestra naturaleza, fué envilecida y degradada por el pecado.

Por lo cual debe tambien regocijarse muy particularmente nuestra alma del nacimiento del Salvador... ¡ Un Salvador para nuestra alma! ¡ Oh! yo quisiera haceros sentir bien lo que es un Salvador, y la gran necesidad, que teníamos de él...

Una comparación, sacada de las dolorosas circunstancias en las cuales hemos vivido desde algunos años, os hará comprender mejor esta verdad. ¡ Cuán dura y penosa es para los corazones franceses la humillación sufrida por la patria! Hemos visto á un

enemigo bárbaro é insolente abusar de su victoria, hollando con orgullo nuestro suelo natal, devastando nuestros campos y arruinando nuestras ciudades... Lo hemos visto en medio de nuestras poblaciones, sorprendidas y aterrorizadas, aplicar con la más detestable crueldad las leyes salvajes de la guerra, negar todos los derechos y no reconocer más reglas que la fuerza. En su arrogante triunfo, (el cual debemos esperar no será más que pasajero), el pié puesto de algun modo sobre la cabeza de la Francia, ya sabéis á qué duras condiciones y á precio de qué humillaciones nos vendió una paz, que tal vez no es más que una tregua. ¡ Oh, perdonadme, os traiga á la memoria semejante recuerdo!... ¡ Nuestros corazones laten unísonos, y como yo, vosotros os llenáis de indignación, al recordar aquellos infaustos días!...

Pues bien! si entónces un héroe, un guerrero, un enviado de Dios se hubiese presentado; si, sostenido por la Providencia, con una mano hubiese sofocado esas pasiones devoradoras, que en el interior turbaban la paz y paralizaban, la defensa; si hubiese anadado esas indignas codicias de séres desconocidos que se aprovechaban en alguna manera de nuestras desgracias, para acallar todas esas pasiones viles, que hormigueaban en el fondo de sus corazones; si despues de haber domado esa hidra revolucionaria, hubiese con la otra mano desterrado léjos del pais las falanges del extranjero, y arrojado á su brumosa Alemania á esos insolentes, que viciaban el aire puro de la patria; si hubiese impedido su mutilación, reconquistado las ciudades tomadas, las provincias invadidas, y devuelto á nuestra bandera humillada la gloria y prestigio que ántes tenía, ¡ ah entónces este tal ¿ no sería un Salvador, el Salvador de la Francia?... Hé aquí pues, amados cristianos, lo que Jesucristo ha hecho por nuestras almas...

Despues del pecado, el alma del hombre estaba interiormente entregada á toda clase de rebeliones y sediciones: Orgullo, ambicion, avaricia, crueldad, lujuria, todo esto se encuentra en este pequeño mundo, que se llama alma. Y por poco que uno se conozca á sí mismo, por poco que uno interroge su propio corazon, en-

cuentra allí el gérmen de todas las viles pasiones, que reinaban cual soberanas ántes del nacimiento del Salvador. Pues bien, Él con su venida, con su gracia, con sus enseñanzas y sacramentos sofoca todas estas rebeliones intestinas... « Avaros, haced limosna; orgullosos, sed humildes; hombres y mujeres, que seguís mi ley, sed castos. » Palabras que no son estériles... Vosotros sabéis perfectamente, que á aquellos, que tienen buena voluntad, les da poder, para triunfar de sus pasiones.

Por otra parte; ¡ de qué modo tan admirable sabe Él rechazar al enemigo, que tenía esclava nuestra alma, que la envilecía y tenía encorvada bajo su infame yugo!... Hasta que Él vino, Satanás se habia hecho adorar bajo diversas formas en todos los pueblos paganos. Aparece el Salvador; cesan desde luego los oráculos, los prestigios del demonio han perdido su valor, las tinieblas del error se disipan, y la verdad brilla de tal modo, que todos pueden contemplarla. Los demonios, vencidos por este divino imperio, son desterrados á los infiernos y pierden el poder, que habian usurpado. La humilde cruz, en la cual quiere morir, es el estandarte radiante y glorioso de su victoria... ¡ Oh niño bendito, vos sois, sí, nuestro Salvador, por lo cual vuestro nacimiento debe ser para nosotros objeto de gran alegría!...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, ¿ qué más podría decirnos á vosotros, que habéis tenido la dicha en el día de su nacimiento de recibir al bondadoso Jesús en el altar, y que más dichosos que los pastores, no solamente le habéis contemplado, sino que tambien estrechado contra vuestro corazon? ¡ oh sí, alegraos, os ha nacido un Jesús, un Salvador... Almas débiles y fieles á las inspiraciones de la fé, al celebrar este nombre bendito, ¡ cual no debe ser vuestra alegría, vuestro reconocimiento, vuestro amor!... Para nosotros, cristianos, que no hemos querido gozar de esta dicha ¡ oh el bondadoso Jesús no deja de ser por eso un Salvador, pero tal vez un Salvador, que no conocemos bastante; un Salvador, de cuyo poderoso auxilio descuidamos aprovecharnos.. Y, sin embargo, no quiere ni puede salvarnos á pesar nuestro. En efecto, Él nos tiende la mano, pero si la rehusamos, si le volve-

mos la cabeza en señal de desprecio, si cuando nos llama y nos insta, hacemos el sordo á sus exhortaciones, ¡ oh entónces ya no somos hombres de buena voluntad, y es de temer que en lugar de un Salvador lleno de misericordia, nos haya nacido un juez severo en el humilde establo de Belen.

¡ Oh no, que no sea así! En estos días, en que veneramos la santa infancia de Jesús; ante la paja donde reposa el tierno Niño, avivemos nuestra fé, enfervoricemos nuestro corazon, postrémonos á sus piés con entera confianza y supliquémosle haga de nosotros cristianos valerosos y enérgicos y hombres de buena voluntad, á fin de que Él sea para nosotros un Salvador, que nos sostenga y dirija en medio de los frecuentes peligros de esta vida y nos conduzca á la bienaventuranza eterna. Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL TERCER DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

(MAT., VIII, 1-13.)

Deberes de los amos para con sus criados.

TEXTO. *Domine, puer meus jacet in domo paralyticus, et male torquetur.* Mi siervo yace en casa paralítico, y es gravemente atormentado.

EXORDIO. Hermanos míos, nuestro Señor acababa de dar al pueblo la magníficas enseñanzas, contenidas en lo que se llama el *Sermon de la montaña*. Bajaba Él, seguido de una gran muchedumbre del pueblo, cuando, para confirmar la fé de aquellos, que le habían oído y autorizar más su palabra, hizo los dos milagros, relatados en el Evangelio del día de hoy: « Hé aquí que un leproso, yendo hácia Él, le adoraba diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Y Jesús extendiendo la mano, le tocó y dijo: Quiero, sé limpio? Y la lepra desapareció en el mismo instante.

Entónces Jesús le dijo: Guárdate de decirlo á nadie; mas vé, muéstrate á los sacerdotes, y ofrece el presente, que mandó Moisés, para que esto les sirva de testimonio. — Habiendo entrado Jesús en Cafarnaum, vino á él un centurión, rogándole: Señor, mi siervo, yace en casa paralítico y es gravemente atormentado. Jesús le dijo: Iré y le sanaré. El centurion replicó: Señor, no soy digno de que entreis en mi casa, pero decid sólamente una palabra y mi siervo quedará sano. Pues yo, con ser hombre súbdito de otros, tengo soldados bajo mi mando y digo al uno: Vé, y va; y al otro: Ven, y viene, y á mi siervo: Haz esto, y lo hace: Y oyendo Jesús estas palabras, se maravilló, y dijo á los que le seguian: En verdad os digo, que no he hallado tanta fé en Israel. Por eso tambien os aseguro, que vendrán muchos de Oriente y de Occidente y se sentarán en el reyno de los cielos con Abraham, Isaac y Jacob; mas los hijos del reino serán arrojados á las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. Entónces Jesús dijo al centurión: Vé, y hágase como has creído. Y su siervo quedó sano en el mismo momento. »

PROPOSICIÓN. En efecto, hermanos míos, este relato del santo Evangelio podría servir de base á varias consideraciones, todas éllas de gran utilidad. Veríamos en el leproso el miserable estado de un alma, inficionada por el pecado mortal; en la obligación de presentarse al sacerdote, la necesidad de la confesión. Tambien podríamos fijarnos en la fé tan ardiente y humilde del centurión, que le valió la admiración de nuestro divino Salvador. Pero estas diversas consideraciones, sobre las cuales nos fijaremos mas tarde, no constituirán el objeto de esta instrucción. Esta mañana llamaré vuestra atención sobre el afecto y abnegación, que manifiesta á su siervo el centurión de nuestro Evangelio.

DIVISION. Citandóoslo como ejemplo, me propongo decirlos cuales son los deberes de los dueños para con sus criados; *primera-mente*: con relacion al cuerpo é intereses temporales; y *en segundo lugar*, relativamente á los intereses espirituales, es decir, del alma.

Primera parte. Deberes de los dueños con relacion al cuerpo